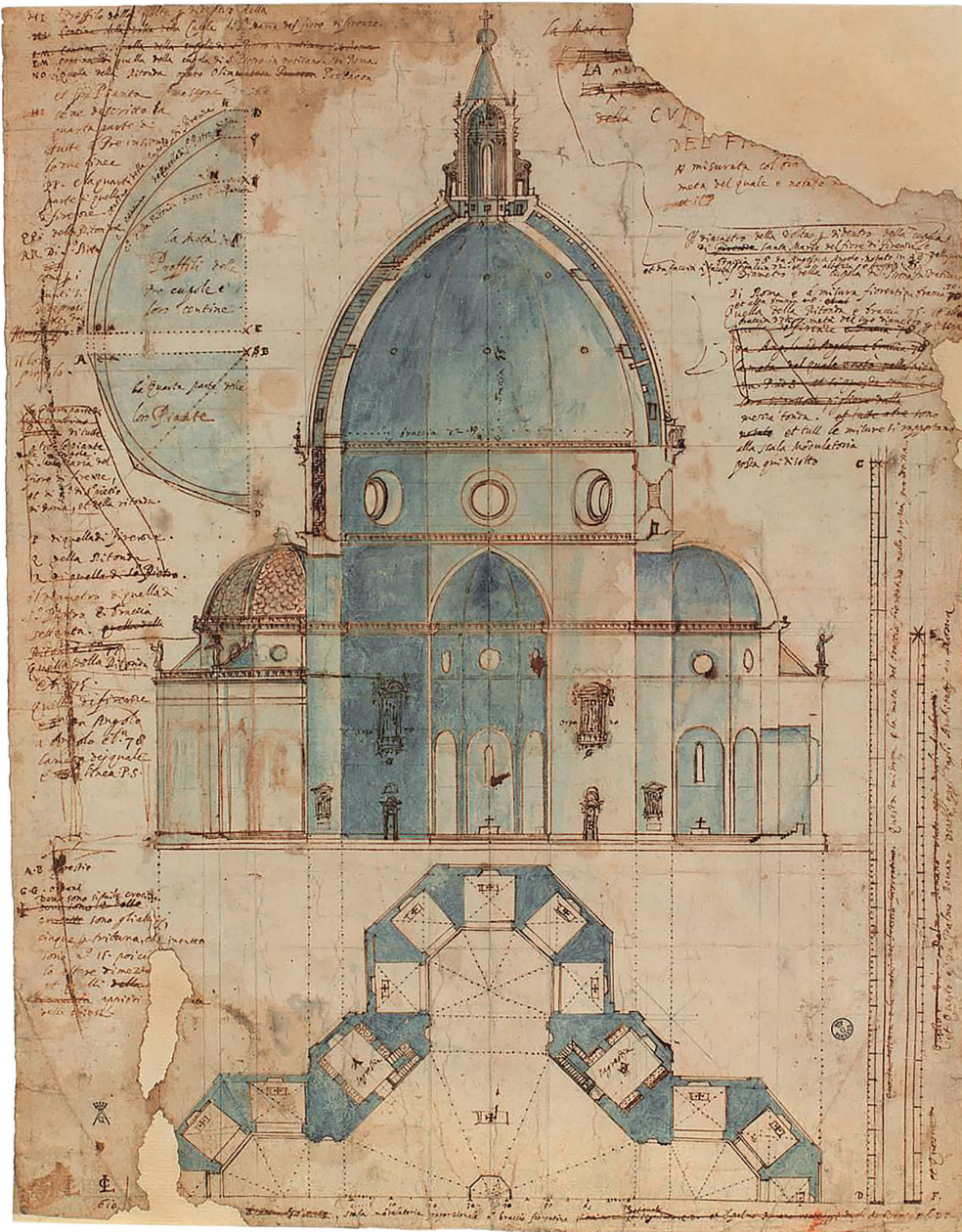


Inteligencia

La inteligencia nos permite conocer la realidad. Gracias a ella sabemos a qué atenernos y podemos ajustar nuestro comportamiento al medio. Cumple así una función adaptativa: nos permite vivir y pervivir. Las inteligencias animales hacen lo mismo, a su manera. Pero la humana lo hace de una forma extravagante. Se adapta al medio adaptando el medio a sus necesidades. Parece que no disfruta con la tranquilidad, y que siempre pone el corazón más allá del horizonte, porque se plantea continuamente nuevas metas, que le producen incesantes desequilibrios. Nuestros tatarantepasados se esforzaron en cubrir las necesidades básicas. Nuestros contemporáneos se esfuerzan por conseguir una marca de automóvil, casi con el mismo encarnizamiento. Una vida tan azacaneada procede también de la inteligencia, que realiza una desconcertante función: inventa posibilidades. No sólo conoce lo que las cosas son —lo cual da al hombre seguridad—, sino que también descubre lo que pueden ser —lo cual le provoca una constante desazón—. Hablando en términos lingüísticos, inventa el modo indicativo y, además, el subjuntivo y el condicional: los modos de la irrealidad. Junto al fue, el es y el será, profiere el hubiera podido ser, el podría, el sería si. A la percepción de lo existente se une el cortejo de lo que sobrevuela el tiempo: el arrepentimiento, la decepción, la esperanza, el proyecto, la anticipación, la amenaza. Se somete al tiempo —¡qué remedio!— y se rebela contra él, puesto que conoce el presente y el pasado —reinos de lo real—, pero pretende determinar el futuro —reino de lo posible—, para lo cual pro-mete, pro-yecta, pre-viene, pro-duce. Los animales tienen futuro: el hombre tiene por-venir. Se anticipa a todo. El ser humano se seduce a sí mismo desde lejos.

La realidad queda expandida por las posibilidades que en ella inventa la inteligencia, al integrarla en proyectos humanos. La propia realidad del hombre también se expande. Ya no trata de pervivir, sino de sobrevivir. Quiere sobre-salir, sobre-ponerse. Vivir sobre sí mismo. El enigmático reflexivo superarse nos lo dice. No es que viva por encima de sus posibilidades, lo que sería impensable: vive por encima de sus realidades.

La expresión “inventar posibilidades en la realidad” puede sonar extraña, porque en castellano la palabra “invención” cambió hace siglos de significado. El exabrupto de Unamuno —“¡Que inventen ellos!”— era típicamente hispánico. Los primeros diccionarios recogieron la palabra “invenciones” con el significado de fabulaciones y mentiras, con lo que perdieron la acepción original, que era “encontrar”. Crear es inventar posibilidades, es decir, encontrarlas. Lo mismo significa “trovar”. Los trovadores encontraban el encanto, el amor y la rima. Lo posible, que aún no existe, surge de la acción de la inteligencia sobre la realidad. Las cosas tienen propiedades reales, en las que inventamos posibilidades libres. En la propiedad real del petróleo, que es producir energía, el hombre descubrió la posibilidad de volar. El bloque de mármol contenía como posibilidad el David que Miguel Ángel inventó. Que una de las posibilidades de la piedra era ser castillo o catedral o acueducto fue un magnífico descubrimiento. Contemplada a partir de esa función, la inteligencia se convierte en fecundadora de lo real, que adquiere así una cierta ilimitación. No estaba implícito en lo real que unas insignificantes rocas pudieran transformarse en bronce y el bronce en la espiritada figura del *San Jorge* de Donatello. Ésa era una posibilidad libre. También lo era que la sexualidad humana pudiera enlazarse con un



Lodovico Cardi da Cigoli (1559-1613), dibujo contemporáneo de la sección de la cúpula de la catedral de Santa Maria del Fiore en Florencia, de Filippo Brunelleschi.

sentimiento amoroso. Lo que aparece es real, pero pertenece al momento libre de lo real, que sólo aparece por la inteligencia humana.

Apoyándome en las cosas dadas voy más allá de las cosas dadas. El ingeniero romano Julio Cayo Lacer colocó en el puente de Alcántara esta espléndida inscripción: “*Ars ubi materia vincitur ipsa sua*”. Artificio mediante el cual la materia se vence a sí misma. Eso es la inteligencia, que prolonga la realidad, concediéndole un carácter transfinito. Cada punto se convierte en la intersección virtual de infinitas rectas, cada palmo de tierra es encrucijada de innumerables caminos; cada palabra, matriz de incontables frases. Así la realidad entera. En el estallido de lo real que la inteligencia provoca se desvanecen los límites entre lo natural y lo hecho por arte. En una mazorca de maíz híbrido resulta difícil reconocer la minúscula mazorca del maíz primitivo. Las que ahora cultivamos son fruto de la naturaleza y de Norman E. Borlaug, el genetista que ganó el premio Nobel de la Paz por inventar maíces.

Lo que al contemplar una obra de arte nos produce esa peculiar euforia, esencial a la experiencia estética, es comprobar lo que la inteligencia ha sido capaz de hacer con la realidad. Percibimos en su fecundidad el espejismo de una vida más amplia, una inconcreta promesa de felicidad. La aparente puesta en fuga de la limitación hace que nos sintamos ligeros. Bien mirado, ¿no parece imposible que el aire, al pasar por un tubo, silbe una melodía de Mozart? Una orquesta es una conjunción sorprendente de maderas horadadas, cuerdas, tripas, cajas, metales e inteligencia.

Entre los instrumentos musicales y los troncos, piedras y animales de los que proceden hay un intervalo admirable. Un piano o un clarinete son tratados condensados de talento creador. Un nuevo intervalo se abre entre ellos y la exaltada sonoridad de la sinfonía que producen.

Un intervalo es el espacio abierto por el hombre en la realidad bruta, para dar a luz sus posibilidades. Ésa es la obra creadora. Al ciprés pintado por Van Gogh le separa del ciprés real una distancia, un hueco en el que encontramos, como un poderoso hércules que separando los continentes diera amplitud al mar, la inteligencia creadora del pintor. Entre la fauna de batracios elegantes que poblaba los salones de París y las fascinantes criaturas envueltas en telas de araña que viven *En busca del tiempo perdido*, el intervalo es Proust. Cuando despabilamos el ánimo o hacemos un regalo, cuando desdeñamos el hablar negligente —cómodo y mortal— o el silencio —mortal y casi siempre asesino— para empeñarnos en elevar el estilo, no estamos haciendo una obra de arte —eso no es tan importante—, sino un acto de inteligencia creadora, que es, como veremos, comprobación y ejercicio de libertad. Lo que al contemplar una crueldad o un error nos produce irritación es saber que aquello podría haber sido de otra manera.

Si acabara aquí la descripción, pecaría de optimista. El hombre ha inventado la música de cámara, pero también la cámara de gas. En nuestro haber figuran la belleza y el horror, y tejemos el porvenir con esperanza y miedo. Al fin y al cabo, dicen que la angustia no es más que la conciencia de la posibilidad. Estamos obligados a elegir y nada nos asegura que lo hagamos con acierto. De ahí que sea necesario discernir las posibilidades. La ética no es más que el salvavidas al que ha de aferrarse la inteligencia, tras haber naufragado en las posibilidades que ella misma engendró.

He mencionado antes que la realidad adquiere posibilidades nuevas al integrarse en un proyecto inteligente. Un proyecto es, ante todo, una idea, una irrealdad. Tropezamos así con

una paradójica característica de la inteligencia humana: manejamos la realidad mediante irrealdades.

La inteligencia no deja de sorprenderme. Resulta que proporcionamos ideas a la realidad, la asimilamos mediante conceptos, comerciamos con ella utilizando palabras, signos, símbolos. Inventamos verdades. Damos a las cosas la posibilidad de confirmar una verdad científica. Antes de ser real, la catedral de Florencia fue una realidad pensada, una irrealdad que guio la mano hábil que dibujó la línea sabia que luego dirigió el martillar de los canteros. Brunelleschi dibujó la cúpula, pero, para poder hacer real la posibilidad pensada, dibujó también las máquinas que hicieron posible la construcción de la cúpula, y que son unas preciosas muestras de arte racionalista. Así, de irrealdad en irrealdad, llegamos a la realidad, tras recorrer un largo itinerario de ideas, esbozos, dibujos, tanteos, planos, proyectos, maldiciones y aplausos. Al final, la acción nos inserta irremisiblemente en lo real.

Ya sabemos algo más acerca de la inteligencia: conoce la realidad e inventa posibilidades, y ambas cosas las hace gestando y gestionando la irrealdad. La tesis de este libro es que estas funciones derivan de otra más radical: el hombre puede suscitar, controlar y dirigir sus actividades mentales. Dicho de forma sentenciosa: la inteligencia humana es la inteligencia animal transfigurada por la libertad. Éste es el modo humano de ser sujeto.

(...) Hay que añadir que la autodeterminación actúa por medio de proyectos. Gracias a ellos la facticidad del hombre es horadada por la presencia, el poder y la acción de la irrealdad, que no es un añadido fantástico, sino la suma de trayectos posibles dibujados en la realidad. La inteligencia no es un ingenioso sistema de respuestas, sino un incansable sistema de preguntas. No vive a la espera del estímulo, sino anticipándolos y creándolos sin parar. Todas las operaciones mentales se reorganizan al integrarse en proyectos. La realidad entera se amplía, dando de sí nuevas posibilidades, y en esta expansión universal también resulta transformada nuestra inteligencia computacional, cuyas capacidades estaban pendientes de una última determinación. Embarcada en proyectos rutinarios, se convertirá en inteligencia rutinaria; embarcada en proyectos artísticos, se hará inteligencia artística; embarcada en proyectos racionales, se convertirá en razón.

(...) La mirada, al ser penetrada por la libertad, se convierte en mirada creadora. Y lo mismo le sucede a la memoria, al movimiento muscular o a la imaginación. La inteligencia siempre da más de lo que recibe, por eso es esencialmente creadora. Me gustaría rehabilitar una antigua locución griega. “*Nous poietikos*”, decía Aristóteles que éramos. Entendimientos activos, poéticos. Lo que llamamos “poesía” —o arte, en general— es sólo un caso ejemplar del poder creador, humilde y magnífico, insignificante y grandioso, que se da en cada una de nuestras actividades mentales. No es más que una figura retórica de la inteligencia: la antonomasia del poder creador. Por ser una ampliación de las facultades comunes, tomaré la creación artística como ejemplo, para que con su deslumbrante exageración nos permita ver claro lo normal. Lo que cuenta sobre la inteligencia deberá ser válido para esa peculiar actividad inteligente que es el arte, y al revés. Con ello no pretendo rebajar su dignidad, sino exaltar la admirable grandeza de todo acto inteligente.

“Poéticamente habita el hombre la tierra”, escribió Hölderlin. Ya sabemos lo que el verso significa. Inteligentemente habita el hombre la tierra, alumbrando en ella el reino de las posibilidades libres.